¡A LA UNA!!!

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO,

ORIGINAL DE LOS SEÑORES

Don J. de la Villa del Valle

Y

Don F. Lumbreras.



MADRID:

EN LA IMPRENTA DE D. ANTONIO YENES,

calle de Segovia, n. 6.

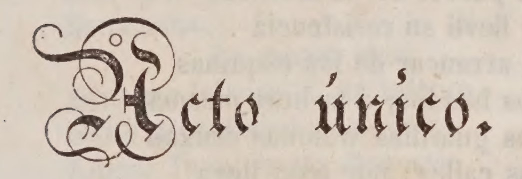
1845.

PERSONAS.

MARIA.
JUANA.
JUAN.
D. ALVARO MEJIA, *capitan de guardias españolas.*
D. LOPE DE ALMEIDA.
UN ALCALDE DE CORTE.
EMBOZADOS 1.º, 2.º y 3.º
DOS ALGUACILES.
UN CRIADO.
UNA PATRULLA.
UNA RONDA.
Algunas personas del pueblo.

La escena es en Madrid el 16 *de Marzo de* 1766.

La accion dura lo que la representacion.



El teatro representa una calle ancha de las mas inmediatas á la puerta del Sol: á la izquierda la casa de Juan con un letrero que dice, «Relojeria.» La escena está alumbrada por la luna, y ademas están los faroles encendidos como noche de revuelta. Al levantarse el telon se oyen dar las doce en varios relojes incluso el de la puerta del Sol: hombres, mugeres y niños atraviesan en diferentes sentidos; se oye llamar apresuradamente á muchas casas; cruzan el teatro una patrulla y una ronda; por el fondo se pasea un embozado en una capa larga y con sombrero gacho. Juan llega apresuradamente y llama á su puerta.

ESCENA PRIMERA.

JUAN. JUANA.

JUANA. ¡Válgame Dios! ¡qué llamar! (*Abriendo.*)
¿A qué viene tanta priesa?
JUAN. ¡Ay, muger! Válgame Cristo
y su madre me proteja.
¿No sabes lo que sucede?
JUANA. ¿Qué sucede? Cuenta, cuenta...
JUAN. Se prepara una jarana...
Está la gente revuelta.
JUANA. ¿Y cómo? ¿cuándo?... ¿por qué?
responde... ¡Jesus qué pelma!

JUAN. El príncipe de Esquilace
mandó que no se trajeran
sombreros gachos, ni capas
que nos cubriesen las piernas;
el pueblo se ha resistido
y llevó su resistencia
á arrancar de las esquinas
los bandos; á la hora mesma
los guardias walonas cruzan
las calles; por aqui llega
un grupo de hombres armados
maldiciendo la ralea
del príncipe susodicho;
otros cruzan y reniegan,
y todo se vuelve espadas,
y fusiles, y escopetas,
y sables, y carabinas,
y mugeres que vocean,
y rondas con sus corchetes,
y patrullas y carreras,
y palos, y aldabonazos,
y abrir y cerrar las puertas.
Por aqui llevan un preso;
mas allá se ve una mesa
y están sastres embargados
afilando sus tigeras,
y cortando á troche y moche
de las capas una tercia,
y apuntando los sombreros,
y multando... ¡Santa Tecla!

JUANA. Esas cosas que has contado,
que yo vaya á ver es fuerza.

JUAN. No, muger; porque te espones
á que te corten las piernas.

JUANA. Déjame ver...

JUAN. ¿Y á las doce?...

JUANA. Con las mugeres no pegan.

JUAN. Tienes razon, con los hombres
es contra quienes se estrellan.

JUANA. Dice muy bien el ministro:
¿por qué han de armar tanta gresca
cuando los quieren poner

de mas gallarda presencia?
Embozados en las capas
y el sombrero hasta las cejas
mas que hombres, pareceis
fantasmas.

JUAN. La muger esta
tiene un talento... un talento...
como otra muger cualquiera.

JUANA. Adios, Juan, hasta despues;
luego vuelvo á traerte nuevas. (*Vase.*)

ESCENA II.

JUAN. *El* EMBOZADO *en el fondo.* ALVARO *y* MARIA. *Un* CRIADO *sale observándolos.*

ALVARO. Alienta por Dios, Maria,
que ya la plebe nos deja.
Desdicha ha sido encontrar
con esa turba perversa.

JUAN. Yo me encierro en mi casita
y lo que viniere venga.

ALVARO. Alli hay un hombre, le haremos
que en su casa hasta que vuelva,
libre de riesgos, por tí,
ángel hermoso, te tenga.
Hola, hidalgo.

JUAN. ¿Quién me llama?
¿qué embajada será esta?

(*Al ir á entrar, Alvaro le coje de un brazo.*)

ALVARO. Escuche usted: es preciso
que en tanto que doy la vuelta,
á esa muger infeliz
la dé apoyo, la defienda.

JUAN. Repare vuesa merced
que en noche de turbulencias
es cosa amparar mugeres
sobre dificil, espuesta.

ALVARO. Soy capitan de las guardias
españolas; con presteza
volveré; si sois hidalgo
á tanta hermosura es fuerza

protejais: tú, vida mia,
aqui amparada te queda...

JUAN. Pero oiga usted...

ALVARO. Y depon,
ángel de amor, la tristeza.

ESCENA III.

JUAN. MARIA. *El* EMBOZADO *en el fondo*, *y el* CRIADO.

JUAN. Se marchó, buena la hicimos;
y la otra no se menea.
Venga su merced, señora, (*A Maria.*)
y antes de entrar á la tienda
si usted no lo lleva á mal,
puede instruirme en las penas
que la hacen andar... asi
por calles y callejuelas.
(Mi muger es muy celosa,
y si en mi casa la encuentra,
no hay remedio, de seguro
me regaña y me repela.)

MARIA. Soy hija del consejero
don Julian Manuel de Almeida;
es don Alvaro mi amante,
y mi hermano no tolera
amores, porque me quieren
unir con don Luis Fresneda
marqués de Villamedrano.
Para mañana dispuesta
estaba la boda ¡ay triste!
Yo, viendo que el tiempo vuela
á don Alvaro le aviso
temiendo la resistencia
de mi padre; me propone
salir de casa ¡indiscreta
resolucion! y llevarme
á la de la vizcondesa
de los Velez, que es su tia,
hasta tanto que la iglesia
con santo nudo mañana
para siempre nos uniera.

Yo apasionada... ¡infeliz!
que he conocido sus prendas...
que le adoro... consentí
en verdad con harta pena.
Mi padre que es funcionario,
y á quien en estremo aprecia
el príncipe de Esquilace,
se hallaba á la sazon fuera,
y una turba frente á casa
está con voces funestas
pidiendo ¡ay Dios! de mi padre
la inofensiva cabeza,
solo por ser consejero,
ser de nacion estrangera,
y por amigo del príncipe
á quien el pueblo detesta.
Apenas salí de casa
con mi amante, y ya le cercan
grupos de hombres atrevidos
que darle la muerte intentan;
vé la guardia de correos
ya sobre las armas puesta,
y reunirse á los suyos
tirano el deber le ordena:
en este instante llegamos,
señor, á vuestra presencia
para librarme de males
y para llorar mis penas.

JUAN. ¿Y por qué, señora mia?

MARIA. Porque pueden ser funestas
tales discordias...

JUAN. ¿A quién?

MARIA. A las dos mas caras prendas
del corazon: á mi padre
y á mi amante.

JUAN. Mas serena
reposad.

MARIA. Por Dios, entremos
en su casa, que aqui fuera
me temo alguna desgracia.

JUAN. (Si mi muger ahora llega...
¿y qué he de hacer?) Bien, señora,

pase usted. ¡La hicimos buena!
(*Maria entra apresuradamente.*)

CRIADO. En aquella casa ha entrado;
iré y le daremos cuenta
de la fuga de su hermana
á mi señorito Almeida.

ESCENA IV.

JUAN. *El* EMBOZADO.

JUAN. ¡Cómo ha de ser! ¡oh fortuna!
Esta noche te revelas
y al pobre Juan le persigues;
vamos teniendo paciencia. (*Pausa.*)
¡Cuando venga mi muger
y la encuentre será ella!

EMBOZADO. (Una ronda, estoy perdido.)

(*Se ven cruzar por distintos lados una ronda y una patrulla.*)

JUAN. Si yo pudiera encontrarla...

EMBOZADO. (Escapemos por aqui.
¡Una patrulla!)

JUAN. (*Hablando consigo mismo.*) ¡Caramba!
Está la noche de pesca;
todo se vuelven desgracias.

EMBOZADO. ¡Hidalgo! (*Se acerca y le toca en el hombro.*)

JUAN. (La virgen madre
me socorra.) ¿Quién me llama?

EMBOZADO. Escuche ucé, soy perdido
si una patrulla me agarra,
y vienen por esa calle;
si ucé me deja su capa
me salvará.

JUAN. ¿Cómo, cómo?

EMBOZADO. Me conocen y me matan
si me ven aqui.

JUAN. Pero hombre...

EMBOZADO. Para servir á mi patria,
y librarla de estrangeros
que la oprimen y maltratan
ocupaba yo este puesto;
pero quiso la desgracia

que antes de llegar la hora
esa gente se acercára;
ahora bien, si es su mercé
partidario de la España
y no quiere verme muerto
á manos de esos canallas,
déjeme ucé...

JUAN. Que le deje...

EMBOZADO. Se acercan... (*Instándole.*)

JUAN. Ucé repara...

EMBOZADO. Pronto, pronto, que ya vienen.

(*Se quita apresuradamente el sombrero y se lo da á Juan, quitando el suyo á este y dándole dos pistolas.*)

Pero no quede sin armas,
ahí tiene usted dos pistolas.

JUAN. ¿Dos pistolas? Si de nada
me sirven estas á mí.

EMBOZADO. Pronto, hidalgo.

JUAN. Con cachaza.

EMBOZADO. La vida me importa en ello.

JUAN. ¿La vida? Bueno; pues vaya,
yo le doy á usted la vida...
(*Cambian de capas.*)
Pero déjeme su capa.

ESCENA V.

JUAN. JUANA.

JUANA. ¡Ay marido! por piedad
encerrémonos.

JUAN. ¿Qué pasa?

JUANA. Vamos, vámonos á casa
que se enciende la ciudad.

JUAN. ¿Cómo es eso, quizá hay fuego?

JUANA. No tal.

JUAN. Pues entonces, di...

JUANA. Hay mucho alboroto.

JUAN. ¿Sí?

JUANA. Vámonos á casa luego.
La llave, la llave pronto,
ó te araño y te pateo...

JUAN. Muger, muger...
JUANA. Ya te veo
afusilado por tonto.

(*Juana registra á su marido encontrándole la llave; abre la puerta y al querer entrar Juan, cierra de golpe.*)

Pero aqui la llave está,
por fuerza la sacaré.
JUAN. ¿Y que yo quieto me esté?
JUANA. Su merced no pasará.

ESCENA VI.

JUAN.

Se ha entrado y cerró la puerta...
¿Hay hombre mas desdichado?
Y aqui en la calle plantado,
no hay duda, mi muerte es cierta;
¡pobrecito! ¡pobre Juan!
lo que te va á suceder...
¿Qué dirá ahora mi muger?
¿ahora que juntas están?
Con sus zelos ¡qué disgusto!
y me araña, no hay remedio...
Si yo encontrase algun medio
para escapar de este susto...

ESCENA VII.

JUANA. JUAN.

JUANA. ¿Con que tú en tratos villanos?...
Y por eso me impedia
que entrase yo; en este dia
vas á morir á mis manos.
JUAN. Deten, muger, el corage,
por Dios trino y verdadero.
JUANA. No quiero.
JUAN. ¡Juana!
JUANA. No quiero,
no hay quien mis furias ataje,
JUAN. Pero, muger, compasion.

JUANA. He dicho que no la tengo.
JUAN. Que estoy sin culpa prevengo.
JUANA. ¿Pues quién la tiene, bribon?
JUAN. Un hombre se llegó á mí...
JUANA. ¿Y se habrá vuelto muger?
JUAN. Me la dió y echó á correr.
JUANA. Mentira.
JUAN. Que no.
JUANA. Que sí.
JUANA. Señora, salga usted fuera.
JUAN. Muger, márchate al instante,
ó sino...
JUANA. Verá á su amante
que con impaciencia espera.

ESCENA VIII.

DICHOS. MARIA.

MARIA. Pero, señora, ¿á qué son
tan desaforados gritos?
JUANA. ¿Viene usted haciendo ahora
la inocente?
JUAN. ¡Qué delirio!
MARIA. Señora, yo...
JUANA. Niegue usted
que la quiere mi marido!
MARIA. ¡Será posible! ¿es usted?...
JUANA. Compañera de ese pillo.
¡Y á usted la tendrá engañada
fingiéndose solterito!
MARIA. ¡Triste de mí!
JUAN. No señora.
Escuche usted.
JUANA. Cierre el pico.
JUAN. No quiero; hablaré, hablaré
un año, diez, veinte, un siglo.
Sepa ucé, señora, que esta
muger, furia ó torbellino
es la que, Dios me perdone,
está casada conmigo.
Ahora vaya ucé adentro... (*A Maria.*)

JUANA. ¿Cómo dentro? yo impedirlo
sabré y llamaré á todos
los de la calle en mi auxilio,
y vendrán á protejerme
las vecinas y vecinos.
Socorro, socorro, amparo.

MARIA. ¡Qué barahunda, Dios mio!
Yo me vuelvo al escondite;
¿cuándo saldré de conflictos?
(*Entra en la casa.*)

JUANA. No ha de quedar en el mundo
quien ignore tus delitos.

ESCENA IX.

JUAN. EMBOZADOS.

JUAN. ¡Cuánto susto y contratiempo!
¡cuántas penas y disgustos!
—¡Válgame el cielo! estoy ya
espuesto á variar de rumbo,
y dejar de ser pacífico,
y lanzarme en el tumulto,
y hacer mil barbaridades
y alborotar todo el mundo.
Pero no; mas vale aqui
irse tragando disgustos
con tal que salve la piel.

EMBOZ. 1.º Allí está el hombre que busco;
acerquémonos á darle
instrucciones.

JUAN. ¿Otros bultos?
Vaya, vámonos á casa
que será lo mas seguro.

EMBOZ. 1.º Oiga, hidalgo.

JUAN. (¡Virgen santa!
¡no ganamos para sustos!)

EMBOZ. 1.º Me alegro de verle asi
sin abandonar el punto.
Todo por fin marcha bien,
los notables están juntos
y se harán las ordenanzas

que con justicia presumo
aprobará el rey.

JUAN. Me alegro.
¿Conque ordenanzas?

EMBOZ. 1.º Seguros
con las medidas tomadas
podemos estar del triunfo.
El príncipe de Esquilace,
ese estrangero importuno
que se ha venido á imponer
á la noble España el yugo,
tendrá que huir de esta tierra
ó lo espatriará el verdugo.
Tal vez perdamos las vidas.

JUAN. ¿Nada mas? (Pues es un gusto.)

EMBOZ. 1.º Pero lejos lanzaremos
los que nos brindan insultos.
Vuestra merced ya sabrá
por el debido conducto
las órdenes de la junta,
los preceptos... pues...

JUAN. Seguro.
(En cuanto vuelva la esquina...)

EMBOZ. 2.º Usted es el que presumo.

JUAN. Yo soy Juan, el relojero
del gremio, servidor suyo,
y vivo en aquella casa.

EMBOZ. 1.º Si vencemos...

JUAN. Yo soy uno.

EMBOZ. 1.º Le premiaremos sin tasa;
mas si no se logra el triunfo
será el premio la conciencia
y la gloria en el sepulcro.

JUAN. Cedo la parte de premio.

EMBOZ. 1.º Al sonar la una en punto
del reló del Buen-Suceso,
y sin perder un minuto,
tira ucé un pistoletazo
para que empieze el tumulto.
No abandone usted el puesto
para que si acaso alguno
trae instrucciones, sepamos

lo que usté ha de hacer.

JUAN. ¿Qué escucho?
¿Con que yo?... pues no señor,
no conspiro.

EMBOZ. 2.º ¡Tal insulto!
¡llamarnos conspiradores!

EMBOZ. 1.º Si la una dar escucho
y no el tiro, vuelvo acá
y con este acero agudo,
marcha usted por ser traidor
derechito al otro mundo.

ESCENA X.

JUAN. ALMEIDA. CRIADO.

JUAN. Mil gracias, disponga ucé
como guste... La del humo.

CRIADO. Ese es el hombre y la casa
donde se encuentra, señor.

ALMEIDA. Impídele tú la fuga
por ese lado...

CRIADO. ¿Pues no?

ALMEIDA. ¡Venga usted conmigo, infame!
(*Cogiéndole por el cuello.*)

JUAN. (Ahora viene lo mejor:
si los otros me amenazan
este á las obras pasó.)

ALMEIDA. ¿Con que usted, infame y torpe
villano, mal español,
aprovechando el tumulto
de la canalla feroz,
á mi desgraciada hermana
de mi casa la sacó?

JUAN. Oiga usted.

ALMEIDA. Nada le escucho.

JUAN. Escúcheme usted, señor.

ALMEIDA. Pronto, mi hermana; la llave
déme usted, porque sino
sabrá mi acero en su sangre
sacar lavado mi honor.

JUAN. (Me gusta la lavadura.)

CRIADO. Está abierto.
(*Almeida se entra en la casa.*)
JUAN. Pues se entró.

ESCENA XI.

JUAN. CRIADO.

JUAN. ¡Oiga usted, oiga usted, hombre,
oiga usted, santo varon!
No sabe usted los rincones,
iré á dirigirle yo.
CRIADO. Quieto; si mueve la planta...
(*Le presenta un puñal.*)
JUAN. Se va á dar un tropezon.
Déjeme usted.
CRIADO. No le dejo.
JUAN. Pero...
CRIADO. Quieto.
JUAN. ¡Hombre feroz!

ESCENA XII.

DICHOS. ALMEIDA. MARIA.

ALMEIDA. Será desde hoy un convento,
vil hermana, tu mansion;
y bajarán á la tumba
tu hermano ó tu seductor.
MARIA. ¡Hermano! ¡hermano querido!
JUAN. Escúcheme usted.
CRIADO. Chiton.
ALMEIDA. Usted, hombre vil, al dar
la una en aquel reloj
le espero en mi casa.
JUAN. ¿A mí?
ALMEIDA. Me dará satisfaccion
del insulto que me ha hecho,
sin falta, sin remision;
ó pagará con la vida
las ofensas de mi honor.
Esta noche ha de quedar

pura mi honra como el sol,
ó dándola allí la mano
ó el alma entregando á Dios.
No olvide usted que le espero.

JUAN. Pero escuche usted, señor.

ALMEIDA. Y aunque le escondiera á usted
el mas oculto rincon
de la tierra, yo le juro,
no escapará á mi furor.
Con que lo dicho; la mano
ó entregar el alma á Dios.

CRIADO. Y agradezca no le lleve
á encerrar á una prision
por llevar la capa larga.

JUAN. ¿Esto mas? ¡Dios de Jacob!

ESCENA XIII.

JUAN.

Nuestra señora de Atocha
me socorra en tal aprieto:
y no hay esperanza... ¡ca!
Pues si no me mata el miedo,
caigo á manos de cualquiera
de los tres y... no hay remedio:
mañana no existes, Juan.
Señora del Buen-Suceso,
si no espicho á mano airada
rezar tres salves prometo,
y una parte de rosario;
y un Juan de cera os ofrezco...
y matar de una paliza
á mi muger y... ¡huy! ¡el cielo
me valga! de esta no escapo.
(*Viendo á una ronda.*)

ESCENA XIV.

JUAN *y una* RONDA.

JUAN. Aguántome y sigo.

ALG. 1.° ¡Eh! quieto.
JUAN. ¡Señores!...
ALG. 1.° ¡Téngase al rey!
ALCALDE. ¿Quién es usted?
JUAN. Yo no soy...
ALCALDE. ¿A dónde va usted?
JUAN. No voy.
ALCALDE. Guarde respeto á la ley.
¿Se llama usted?...
JUAN. Qué sé yo.
ALCALDE. ¿Dónde vive usted?
JUAN. Aqui.
ALCALDE. ¿Asi me responde?
JUAN. Asi.
ALG. 1.° ¿Y no de otro modo?
JUAN. No.
ALG. 1.° ¡Silencio!
JUAN. (El miedo me embarga.)
ALG. 2.° ¿Y esta capa?
JUAN. No se asombre;
por eso tengo por nombre
Juan el de la capa larga;
pero si el nombre algo importa
y esto la cuestion alarga,
en lugar de capa larga
me llamaré capa corta.
ALCALDE. Recortádsela al momento.
JUAN. ¿Recortármela? ¡Por Dios!
ALG. 1.° Calle el bribon.
JUAN. Voto á brios
que me falta el sufrimiento,
y no he de consentir yo
se quite un hilo á mi capa,
que el que tiene capa escapa
y el que no la tiene no.
ALCALDE. ¡Atadle bien!
JUAN. Que me aten.
ALG. 1.° Sujetadle.
JUAN. Que sujeten.
ALG. 1.° Apriétale.
JUAN. Que me aprieten.
ALG. 1.° Vas á morir.

JUAN. Que me maten.
ALG. 2.º Y aqui una pistola.
JUAN. Sola.
ALG. 1.º Mirad otra aqui.
JUAN. (¡Malhaya!...)
¿Cuándo ha visto usted que vaya
sin pareja una pistola?
ALCALDE. ¿Y qué hace usted á esta hora
en este sitio y armado?
JUAN. Es que me ha desafiado
esta noche una señora
y .. ¡Jesus, qué desatino!
perdone vuesa mercé;
dige mal, me equivoqué.
Es que esta noche, un vecino
que buscára me ha ordenado
al instante un sangrador
porque le ha dado un dolor
á su suegra en un costado;
esto fue á las oraciones
y como hay tanto tunante...
ALG. 1.º Punto en boca y adelante.
JUAN. Pero atiendan á razones.
ALG. 1.º No.
JUAN. Pues al cielo le plugo
ponerme en aqueste trance,
no habrá forma de que alcance...
ALG. 1.º Ya te alcanzará el verdugo.
JUAN. Pues qué, ¿van á ahorcarme?
ALG. 1.º Sí.
JUAN. (*Gritando.*) Socorro.
ALG. 1.º Nadie te ampara.
(*Sale don Alvaro.*)
ALVARO. ¡Qué miro!
JUAN. ¡Si alguien llegára!...
¿No hay quién se duela de mí?
(*Pugnando por desasirse; los alguaciles le sujetan y van á llevársele á tiempo que se presenta don Alvaro.*)

ESCENA XV.

DICHOS. DON ALVARO.

ALVARO. Señor alcalde...
ALCALDE. ¿Quién es
él?...
ALVARO. Don Alvaro Megia,
capitan de infanteria,
su servidor.
ALCALDE. Diga pues.
ALVARO. Si basta mi clase y nombre
para poder obligaros,
me atreveré á suplicaros
deis libertad á este hombre;
y si para tal favor
necesitais garantia,
su propia honradez le fia
que es el mejor fiador.
ALCALDE. ¿Usted le conoce?
ALVARO. Sí.
ALCALDE. ¿Y responde usted?...
ALVARO. De todo
respondo.
ALCALDE. Bien; de ese modo
libre está.
ALVARO. Gracias.
JUAN. ¿Qué oi?
ALCALDE. Pero nunca á tales horas
y en noches de turbulencia
tenga usted la inadvertencia...
JUAN. ¿De batirme con señoras?
Señor, lo haré asi; (respiro)
y ya que libre me veo
tomo la capa, el chapeo,
saludo á ucé y me retiro.

(*Vase la ronda despues de despedirse de don Alvaro.*)

ESCENA XVI.

JUAN. DON ALVARO.

JUAN. (*Al irse á entrar en su casa se interpone don Alvaro.*)
Huyamos antes que el otro...
que si quieres... ¡virgen santa!
lloviendo están sobre mí
desgracias sobre desgracias.
ALVARO. ¿Y bien?
JUAN. ¿Y bien?
ALVARO. Ya se fueron.
JUAN. Me alegro.
ALVARO. No ha sido escasa
fortuna que yo á este sitio
y á tan buen tiempo llegára.
JUAN. (No es maleja la fortuna.)
Sí señor... (¡Estoy en ascuas!)
ALVARO. Pues ya que nos dejan solos
y la gente amedrentada
por temor á la justicia
en sus hogares se halla...
JUAN. (*Rezando.*) *Dios te salve...*
ALVARO. Aprovechemos
los instantes sin tardanza.
JUAN. *Madre de misericordia*
vida y dulzura esperanza
nuestra.
ALVARO. Vamos.
JUAN. ¡Ay Jesus!
ALVARO. ¿Qué es eso?
JUAN. No, si no es nada...
Dios te salve, á ti llamamos.
ALVARO. Aprisa que el tiempo pasa:
á esa joven que os fié
al punto decid que salga,
que nada hay ya que temer...
JUAN. *En este valle de lágrimas.*
ALVARO. Mas qué es eso, ¿estais rezando?
JUAN. Es en mí costumbre rancia
el rezar.

ALVARO. Pero ¿no vais?
Mirad que ya se me acaba
la paciencia...
JUAN. (Aqui empezamos.)
Señor...
ALVARO. Iré yo á buscarla.
(*Quiere entrar en la casa y Juan le detiene.*)
JUAN. Es el caso que...
ALVARO. Apartad:
vive Dios que ya me cansa.
JUAN. No está.
ALVARO. ¿No?
JUAN. Se la han llevado.
ALVARO. ¿Qué decís?
JUAN. La verdad clara.
ALVARO. ¿Y cuándo, quién, cómo, á qué sitio?
JUAN. Hace poco; una fantasma,
sacándola por la puerta
de la calle, y á su casa.
ALVARO. ¿Es posible?
JUAN. Sí señor.
ALVARO. ¿Pero qué dijísteis?
JUAN. Nada.
ALVARO. ¿Cómo, callásteis?
JUAN. Sí á fé.
ALVARO. Sois un imbécil, un mandria.
JUAN. Sí señor.
ALVARO. Y un...
JUAN. Sí señor.
ALVARO. ¡Vive Dios! si no mirara...
JUAN. Pero mire usted...
ALVARO. Silencio:
venganza quiero.
JUAN. ¡Venganza!
ALVARO. ¡Oh! y juro que la tendré.
Pues que usted ha sido causa
del pesar que me devora,
espero á usarcé sin falta
esta noche al dar la una
en el Buen-Suceso...
JUAN. (¡Cáscaras!)
ALVARO. En las tapias de san Blas,

y uno de los dos se encarga
de desnucar hoy al otro
de un balazo, ¿estais?

JUAN. (¡Caramba!)
Pero, señor, esa hora...
es tan desacostumbrada...

ALVARO. Para morir ó matar
no hay hora ninguna mala.

JUAN. Perdone usted, para eso
son todas ellas menguadas.

ALVARO. Con que lo dicho... ¡y abur!
Y cuente usted que si falta,
mañana muere á mis manos.
He dicho.

JUAN. Bien.

ALVARO. Abur.

JUAN. Gracias.

ESCENA XVII.

JUAN.

JUAN. ¿Qué santo será en el cielo
mas querido del Señor,
á ver si en tanto dolor
puede prestarme consuelo?
No hay remedio, aquellas toscas
paredes á la una en punto
me contemplarán difunto
sin sol, sin luz y sin moscas.
¿Y no habrá remedio? No.
¿Moriré?... De una estocada.
¿Con qué lo evito? Con nada;
sí tal, muriéndome yo.
Tendré al menos el consuelo
de chasquearlos asi,
pues cuando vengan por mí
me habré colado en el cielo.
Voto á Cribas, que de ahorcarme
casi intenciones me dan,
por ver qué cara pondrán
cuando vengan á buscarme.
Mas yo deliro, no hay duda.

Creo que he perdido el seso,
veo visiones, fantasmas;
y á la verdad no recuerdo
si es realidad lo pasado
ó si solo ha sido un sueño.
Yo soy Juan, el mismo Juan;
sí, de oficio relojero,
casado con una sierpe
por muger, de eso me acuerdo.
Otra muger esta noche
se ha colado en mi aposento:
un hombre la trajo, sí;
dos se la llevaron luego:
porque la admití me quiere
matar el uno; esto es cierto:
y porque no la admití
desnucarme el mas atento;
Y el otro si no conspiro
me mata tambien.

ESCENA XVIII.

DICHO. ALCALDE *y* ALGUACILES, *que habrán salido antes d estos últimos versos.*

ALCALDE. ¿Qué es esto?
JUAN. ¡Yo conspirador! Los tres
querеis mi muerte ¡jumentos!
ALG. 1.º Gracias.
ALCALDE. Callad.
ALG. 2.º Si está loco.
ALCALDE. Que no nos vea: silencio.
JUAN. ¿Tengo acaso siete vidas
como los gatos? ¿yo puedo
estar á una misma hora
en casa de ese mostrenco,
de san Blas en el altillo
y en este parage mesmo?
No puede ser: pero ¡tate!
si está en mi mano el remedio.
¿No me dijo el conjurado
que al dar en el Buen-Suceso

la una, yo disparase
la pistola y que al momento
se armaria la jarana,
á la guardia sorprendiendo
y penetrando en la casa
de Almeida? pues esto es hecho.
Abierta la iglesia está
porque al hospital trayendo
han estado los heridos
de aquesta tarde; yo tengo
entrada franca por ser
de la casa, y por mi empleo
la llave tengo conmigo
de la torre, allí me cuelo:
y no hay mas, hemos de ver
lo que puede un relojero
cuando salva la pelleja
en defensa del gobierno. (*Vase.*)

ESCENA XIX.

LA RONDA.

ALG. 1.º Sigámosle.
ALCALDE. No, tened;
dejadle marchar en paz.
¡Harto nos ha revelado!
¡Hé aqui un español leal!
¿Dónde vive?
ALG. 1.º En esa casa.
ALCALDE. ¿Estais cierto?
ALG. 1.º A no dudar.
ALCALDE. ¿Y su nombre sabe usted?
ALG. 2.º Sí señor: se llama Juan
Pereda, y es relojero
del Buen-Suceso...
ALCALDE. Callad:
esta noche haré que el rey
se sirva al punto premiar
servicio tan importante,
y una honradez tan cabal.
Si todos los españoles

fueran honrados asaz,
el orden en tiempo alguno
se llegára á perturbar.
Secretario, sin tardanza
en persona noticiad
esta ocurrencia al ministro;
cualquier demora, fatal
pudiera sernos... Vos, Vargas,
(*A un alguacil.*)
en el momento avisad
al buen consejero Almeida.
¡Cuán ageno se hallará
de esta ocurrencia! En palacio, (*A otro.*)
vos al gefe militar
advertidle que esté pronto
á la primera señal...
Corred, no haya detencion;
estamos sobre un volcan
y es preciso á toda costa
evitar tamaño mal.
En tanto nosotros vamos
incesantes á velar
cuidando que no se altere
el orden: la autoridad
es responsable, señores,
de cualesquiera desman;
y siendo su obligacion
al ciudadano amparar,
debe morir en sus puesto
sin cejar un paso atras;
y aunque le cueste la vida
ejercer debe eficaz
su sagrado ministerio.
Señores, vamos allá;
en nombre del rey seguidme;
por este lado, abreviad. (*Vanse.*)

ESCENA XX.

JUAN.

No ha sido poca fortuna.

Ahora ya pueden llegar
y prepararse á gritar
cuando dé el reló la una.
¿A quién le ocurre fiar,
tal negocio á un relojero,
que á un golpe de minutero
las horas puede variar?
Por el hospital entré,
pasé á la torre en seguida;
y el reló de una embestida
no sé cuanto le atrasé.
Ya salimos de este apuro;
que en lances de tal cuantia,
una alma como la mia
es siempre lo mas seguro.
Pero á mi modo de ver
que descanse un poco es justo;
voy á dormir con un gusto...
¿Dónde estará mi muger?

ESCENA XXI.

JUAN *y* ALMEIDA.

ALMEIDA. Pensé no hallaros, amigo.
JUAN. Va usted muy adelantado,
mire usted el reloj... no ha dado.
ALMEIDA. No vengo como enemigo.
JUAN. ¿Pero no viene usted?...
ALMEIDA. No.
JUAN. ¿Que no nos batimos, éh?
ALMEIDA. ¿Yo batirme con usted
que me ha salvado?
JUAN. ¿Quién, yo?
(Lléveme el diablo si entiendo
una jota de este lio.)
ALMEIDA. Usted salvó al padre mio...
JUAN. Perdone ucé, no comprendo...
ALMEIDA. Usted su ventura labra
con esa revelacion...
la de la conspiracion.
JUAN. Si yo no he dicho palabra.

ALMEIDA. A usted le debe la vida,
y yo buen hijo y hermano
le brindo á usted con la mano
de mi hermana...

JUAN. ¿Qué?

ALMEIDA. Ya olvida
mi pecho su desvario:
¡ah! venga usted á mis brazos;
de hoy mas con eternos lazos
será usted hermano mio.

JUAN. Pero...

ALMEIDA. ¿Qué, se negará
usted?

JUAN. ¿Yo? no ciertamente...
mas hay un inconveniente.

ALMEIDA. ¿Y es?...

JUAN. Que estoy casado ya.

ALMEIDA. ¿Es posible?

JUAN. Cabalito;
y hé aqui mi cara mitad.

(Señalando á Juana que sale en este momento.)

ALMEIDA. ¿Y tiene usted?...

JUAN. Sí en verdad;
un relojero chiquito.

ALMEIDA. Y usted que insultó mi honor...

JUAN. Está usted equivocado.

ALMEIDA. Que asi mi honor ha ultrajado...

JUAN. Padece usted un error.

(Dan la una otros relojes menos el de el Buen-Suceso.)

ESCENA XXII.

DICHOS. DON ALVARO.

ALVARO. Al fin le hallo.—Caballero...

JUAN. A mejor tiempo, tal vez
no pudiera usted llegar.
Pues señor...

ALVARO. ¿Olvida usté?...

JUAN. ¿Qué he de olvidar? nada de eso;
pero hágame la merced...

ALVARO. ¿Qué ha hecho usted de ese tesoro

que en sus manos confié?

JUAN. Pregúnteselo al señor,
y él le podrá responder.

ALVARO. ¿Al señor?

ALMEIDA. ¡Cielos! ¿qué escucho?
Maria...

ALVARO. ¡Qué! ¿sabe usted
su nombre?

ALMEIDA. ¡Y usted... qué idea!
(Será...) Apuremos la hiel
del cáliz de mi deshonra.
¿Usted la conoce?

ALVARO. ¡Y bien!

JUAN. (*Señalando á don Alvaro.*)
Sí señor, y este señor...
es el señor...

ALMEIDA. Pronto.

ALVARO. ¡A ver!

JUAN. Que me entregó la señora:
y este señor, este es (*Señalando á Almeida.*)
el embozado fantasma...
el que dijo aquello de...
lo de la mancha... y la sangre...
dió el resoplido y se fue.

ALMEIDA. ¿Sueño?

ALVARO. ¿Es posible? (¡Dios mio!)

JUAN. Es posible, y hace buen
rato, que ya se hallaria
descubierto este pastel
á haberme dejado hablar.
(*Se retira hácia el fondo con Juana.*)
¿Dí, lo ves, Juana, lo ves?

ALMEIDA. ¡Caballero!

ALVARO. ¡Caballero!

ALMEIDA. ¿No habla?

ALVARO. No, que fuera mengua
dar rienda suelta á la lengua
y estar callado el acero.

ALMEIDA. Seguidme.

ALVARO. Yo no me bato
sin llegarle á conocer;
pues antes quiero saber

quien me mata, ó á quien mato.

ALMEIDA. Miradme... (*Se desemboza.*)

ALVARO. (*Retrocediendo.*) ¡Almeida! Tened.
(*Juan y Juana se van acercando.*)

ALMEIDA. Seguidme, sí, y del hermano
traspasad tambien, ¡villano!
el pecho infamado...

ALVARO. Ved...

ALMEIDA. ¿Temblareis?

ALVARO. No, por quien soy;
nunca he sabido temblar,
mas dispuesto á reparar
mi falta indiscreta estoy.
Por un ciego error, creí
que vuestro padre, señor,
no aprobára nuestro amor
y todo audaz lo emprendí.
Mas si deslices de amor
borra el amor de un hermano,
tendedme, Almeida, la mano,
deponed tanto rigor.

ALMEIDA. Pero, mi hermana...

ALVARO. El motin
apaciguado, volvia
en busca de mi Maria,
de ese humano Serafin
que á este buen hombre dejé,
porque el deber me llamaba;
la guardia española estaba
sobre las armas.

ALMEIDA. ¿Y qué?

ALVARO. No pudiendo seguir yo,
la confié...

JUAN. (*A Almeida.*) Vos llegásteis,
al punto me la robásteis...
y mi encargo se acabó.
Volvió el señor, luego vos,
los embozados, la ronda,
y con tanta trapisonda
pensé dar el alma á Dios.

ALMEIDA. Respire usted, y á mis brazos
venga.

ALVARO. Y á los mios.
(*Se lo quitan uno á otro.*)
JUAN. Bien.
ALMEIDA. Apriéteme usted.
JUAN. Tambien:
(*Señalando al cuello.*)
conque ya no hay embarazos...
ALVARO. No.
JUAN. Dios oiga á sus mercedes.
Y ya que ha pasado el susto
que vaya á dormir es justo. (*Echa andar.*)
JUANA. Juan...
JUAN. Con permiso de ustedes.

ESCENA XXIII.

DICHOS, *y la* RONDA.

ALCALDE. En nombre del rey: don Juan
(*Se descubren todos.*)
Pereda...
JUAN (¡Jesus me valga!)
Muy servidor de...
ALCALDE. (*Dándoselo.*) Este pliego,
el señor ministro encarga
se ponga en manos de usted.
JUAN. ¿En mis manos? ¡ay! (Las ánimas
me saquen de tal apuro.)
(*A Almeida que toma la carta.*)
Léame usted esa carta.
ALMEIDA. «En atencion al servicio prestado por don Juan »Pereda, de oficio relojero, revelando en tan críticos mo- »mentos la conspiracion que debió estallar esta noche á la »una, y atrasando el reloj que debia servir de seña á los «conjurados; S. M. (Q. D. G.) se ha dignado nombrarle »relojero de la real casa, en premio de su lealtad y hon- »radez.» Firmado.—Torremejia.
JUAN. ¿Es posible? Santa Eulalia
me valga, y san Emeterio,
y los santos y las santas
de la corte celestial.
ALMEIDA. Mi padre con vivas ansias

quiere ver á usted.

JUAN. Pues vamos,
y á todos daré las gracias.
(*Quiere entrar y todos se lo impiden.*)

JUANA. ¿Conque el compló has revelado?

JUAN. Si yo no he dicho palabra.

ALMEIDA. ¿Ni has atrasado el reló?

JUAN. Eso sí; mas fue la causa...

JUANA. La causa no importa ahora;
tú lo has atrasado y basta.

JUAN. Es verdad; ¡qué buen gobierno!
¡qué bien los servicios paga!
por atrasar... sí, está visto;
aqui el que atrasa adelanta.

FIN DE LA PIEZA.